

CAPITULO XLIII.

Bombardeo de Barcelona.—Resuelta actitud de los catalanes.—Llamamiento á las armas de todos los ciudadanos útiles desde la edad de catorce años.—Bandera negra.—Paz de Baden.—Ofrecimientos á Ahmed III.

«ANTES morir que rendirse,» tal era la voz general de todos los catalanes, aun en los más angustiosos momentos. Las considerables fuerzas enemigas se aprestaban á la realizacion del hecho decisivo con que habían de obtener la rendicion de la plaza. Mas ántes que esto llegara á suceder, aún tenían que sufrir los efectos de un desesperado valor, que luchaba, revelándose en proezas sin cuento, contra la ocupacion que les amenazaba con los más grandes males. Los catalanes no podían, en manera alguna, echar en olvido las amenazas de que habían sido objeto; no podían desconocer el encono que su tenaz resistencia producía, y firmes en sus propósitos, animados de una constancia fiera, defendían hasta morir sus fueros y privilegios.

Esta última causa es la que más, á los ojos de la crítica histórica, los disculpa, pues no era la causa del de Austria la que los sostenía, sino el afán de librarse del ominoso yugo con que serían castigados por Felipe V en el momento en que la plaza cayera en su poder.

El 22 de julio los sitiadores habían montado dos nuevas baterías; una con la que batían el flanco de Santa Clara y otra en la proximidad del convento de los Capuchinos, con objeto de impedir los trabajos de parapeto y defensa que los sitiados habían emprendido por aquel lado.

El día de Santiago, día del duque de Berwick, el vicario general celebró la Misa en las trincheras á las cuatro de la mañana, y luégo que fué terminado el incruento sacrificio, bendijo la artillería.

Llevadas á término estas ceremonias, serían las cinco de la mañana cuando dió la orden general de romper el fuego en todas las líneas. Puede calcularse el espantoso estruendo y los formidables estragos que causaría en la poblacion el incesante disparo de setenta y cuatro cañones y veinticuatro morteros. Pero nada intimidaba á los catalanes. El amor á sus privilegios los sostenía y les hacía permanecer inalterables en medio de los escombros que por todas partes los cercaban y á cada paso amenazaban sepultarlos.

A la media noche, favorecidos por la oscuridad, que era densa en extremo, y confiando en el natural cansancio que habían de experimentar los que desde tiempo hacía sufrían las sin iguales fatigas que tan tenaz resistencia debía causarles, mucho más despues de aquel sangriento día en que tan empeñada había sido la lucha, dieron los sitiadores la voz de ¡Avanza! ¡Avanza! pero á tales gritos, que hacían temer un imprevisto ataque, los sitiadores manifestaron no hallarse desprevenidos, y repitiendo la misma palabra apagaron el ruido de las voces con los continuados disparos de fusil y cañon hechos hacia la parte de donde la alarma partiera.

En los días sucesivos continuó el vivo fuego que por una parte y otra se hacía con una constancia y animosidad que nunca crearíamos celebrar bastante si los estragos causados no fueran entre hermanos, hijos de una misma patria.

Pero nada intimidaba á los sitiados, y en la terrible situacion en que se hallaban, nuevamente se reunió el Consejo de guerra, que ampliamente discutió los medios de defensa con que contaban, encontrándolos centuplicados por la grandísima fe que les animaba.

En vista de ello, acordaron continuar la resistencia hasta que hubieran vertido la última gota de sangre que por sus venas circulaba. Por decreto del Real Consejo de la Gobernacion, D. Francisco de Sayol y de Quarterani hizo pregonar un bando, el 28 de julio, mandando que, bajo pena de prision los que á ello faltaren, al día siguiente, á las seis de la mañana, se presentaran en la Rambla, frente á la Universidad, todos los hombres útiles para manejar un arma.

Grandes debían ser las esperanzas de los que tal bando publicaran, obligados por la necesidad en que estaban de atender á la defensa de los muchos puntos por que simultáneamente eran atacados por los sitiadores, y para cubrir las considerables bajas que el mortífero fuego de las huestes reales les causaba.

El Consejo de la Gobernacion vió cumplidos sus deseos con exceso, pues mucho mayor de lo que pudieran creer fué el número de los que se presentaron dispuestos á empuñar las armas en defensa de los comunes intereses.

Sin distincion de clases ni condicion, lo mismo el noble que el artesano, el clérigo que el seglar, todos se prestaron gustosos y acudieron al llamamiento.

Hasta las mujeres acudieron, entusiasmando con su presencia é infundiendo ánimo en el pecho de los soldados, á los que atendían, cuidaban y socorrían por todos los medios que á sus alcances estaban, curando sus heridas y prestándoles valor con su presencia, dándose más de un caso de que substituyeran al que caía herido, cubriendo su puesto, que defendían con las armas que arrebatában de las frías y yertas manos del que luchando había muerto.

De nuevo los barceloneses se dirigieron con un manifiesto á todas las demas ciudades, villas y aldeas del Principado, manifestándoles el estado en que la ciudad se hallaba, exponiendo su

constancia y heroísmo y manifestando además el constante propósito en que estaban de morir enterrados bajo sus ruinas ántes que entregarse; invitábanles á venir á coadyuvar á la última y total ruina del enemigo, añadiéndoles que, siendo partícipes en la defensa, lo serían también en la gloria que había de resultar á toda la nacion de tan heroica empresa é indubitable victoria.

Además, continuaron en el interior los medios de defensa. En el probable caso de que el enemigo llegara á tomar las murallas, querían disputarles la posesion de la ciudad palmo á palmo, para lo que en las calles abrieron anchas y profundas zanjas, levantaron barricadas y acopiaron todo lo que creyeron útil y necesario para sostenerse mejor y más tiempo.

De este modo la capital del Principado se transformó por completo; de cada manzana se hizo un inexpugnable reducto, cada casa era un fuerte, y las calles eran verdaderos desfiladeros, las tapias de las casas estaban acribilladas de espalleras, y esto, juntamente con las voces de los centinelas, el ruido de las armas y el tañido de las campanas, daban al conjunto verdadera semejanza con un vasto campamento, en el que los jefes aguardaban de un momento á otro el temido asalto.

El fuego de los sitiadores continuaba en tanto causando los mayores estragos, y, sin descuidarse, los jefes recorrían los principales puestos, animando á los que, con sin igual valor y denodada bravura, los defendían.

Nadie olvidaba su mision, y todos rivalizaban en cumplir con el deber que la defensa de la poblacion les había impuesto, y poco es cuanto digamos de aquel denodado empeño, de aquella tenacidad y de los hechos heroicos que realizaron.

El día 1.º de agosto, los sitiadores, que ni un momento siquiera habían descansado, terminaron cuatro baterías, con las que pensaban batir los flancos de los baluartes de la Puerta Nueva y de Santa Clara; con este refuerzo creyeron intimidar á los defensores de aquellos puntos, pero nada consiguieron, sino, ántes al contrario, vieron que más y más se les desafiaba. Un grupo de estudiantes y mujeres, dando voces y gritos, enarbolaron una bandera negra con una calavera por escudo, señal terrible de que por todo pasarían ántes que por la humillacion de rendirse y sufrir las terribles consecuencias que de este hecho esperaban, bandera en la que el fúnebre emblema reemplazaba á las rojas barras, y con la que también querían indicar que al pié de ella morirían como buenos ó harían morir á los que con sin igual atrevimiento intentaban realizar una usurpacion que aquellos nobles pechos rechazaban.

La resolucion de aquellos valientes era ya por demas temeraria, pues analizando detenidamente su situacion, tenía que confesarse que más que por nada peleaban sólo por morir, pues debían comprender que alcanzar la victoria les era imposible.

Nada podía sostenerlos ya, pues sabían que el Emperador por quien se habían levantado en armas, había firmado la paz de Baden, dado lo cual ningun auxilio podían ni debían esperar; pero ántes que declararse impotentes para sostener aquello por que tantos sacrificios habían realizado, quisieron tentar el último recurso, pues á todo estaban dispuestos, y ántes que domeñarse ante un monarca de la índole que, con respecto á ellos, manifestaba Felipe V, aunque cristiano, dirigieron sus miradas á uno infiel y ofrecieron la soberanía del Principado catalan al emperador de Turquía, Ahmed III, tratando el asunto con el embajador imperial, residente en Viena, el conde de Zaballa y el marqués de Pinos.

Triste debió serles tener que aventurarse en esta negociacion, pero hay que conceder que justa, justísima, era la desesperacion de aquellos hombres, á quien las reiteradas promesas de otros príncipes habían hecho levantarse en cumplimiento de sagrados juramentos á que, en modo alguno, les permitía faltar su honradez, fidelidad y lealtad no desmentida, y que poco á poco habían sido abandonados á sus propias fuerzas sin mencionarlos siquiera, sin recordar los formales compromisos que con ellos habían contraído, ni nada de lo que debía obligarles á contribuir con ellos al sostenimiento de su causa.

La reserva con que los catalanes llevaron á cabo esta negociacion, no permitió conocer las condiciones de ella, pero es casi seguro que pensaron poder constituirse en república, bajo la proteccion del sultan, al que pidieron en cambio prontos y eficaces recursos. Ahmed no estimó prudente arriesgarse en una empresa de que muchas naciones de Europa se habían separado y otras le eran contrarias, como Francia, á la que, por otro lado, no quería disgustar.

Con la negativa del otomano perdieron los barceloneses la última esperanza; ya no les quedaba nada que intentar, y su defensa tenía que quedar reducida á los esfuerzos que por sí realizaran. En aquellos supremos instantes aún, con temerario arrojo, juraron nuevamente ver caer la última piedra de sus hogares ántes que rendirse á las fuerzas reales, que amenazaban á sus libertades y privilegios con la más grande de las humillaciones que puede sufrir un pueblo: con perderlas.



LAS TROPAS DE FELIPE V DISPONIÉNDOSE PARA DAR EL ASALTO GENERAL DE BARCELONA.

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO XLIV.

Asalto general de la plaza de Barcelona.

Lo que dejamos expuesto en los capítulos anteriores, puede hacernos adquirir el perfecto conocimiento de la desesperada situación de los barceloneses que, entregados por completo á sus propios esfuerzos, pues habían perdido, como hemos dicho, todas las esperanzas que en un principio abrigan de recibir pronto y eficaces auxilios, no decaían por eso de ánimo, y renovaron aquel voto solemne que hicieron de morir en la defensa de sus hogares, votos que atestiguan el acendrado amor de aquellos patriotas á sus venerables instituciones que comprendían habían de desaparecer tan pronto como la plaza cayese en poder de los sitiadores, que era lo más probable.

En manera alguna se les puede censurar que tal empeño se robusteciera más y más en el ánimo de los catalanes por un espíritu de partido que les llevara á sacrificarse por la causa del archiduque de Austria: no; fines más altos se proponían, no era su ánimo morir por la causa de un pretendiente, era que con sin igual pena consideraban de qué modo iban á perder lo que tantos trabajos y fatigas había costado ganar á sus ilustres ascendientes.

No hubo en su furor empresa, por ardua que pudiera parecer, que dejaran de acometerla con un vigor y una constancia digna de los mayores encomios. Pueden recordarse algunos hechos que más que de nada deben y pueden calificarse de verdaderas temeridades. En la madrugada del 5 de agosto, á favor de las sombras de la noche, los coronel D. José Ortíz y D. Pedro Vinyals salieron de la plaza, mandando el primero doscientos infantes y el segundo cien caballos. Reuniéronse, procurando el mayor sigilo, en las cercanías del convento de Jesús, y de improviso, sin que los sitiadores se hubieran apercebido de nada, atacaron con gran denuedo las baterías que en aquel lado se habían montado, causando más de cien bajas entre muertos y heridos, haciendo que desordenadamente emprendieran la fuga los demás, y se retiraron de nuevo á la plaza después de haber clavado tres morteros y dos cañones, con la satisfacción de haber podido demostrar hasta dónde llegaba su arrojo, y la de haber sembrado la confusión en todo el campamento.

Más á pesar de este y de otros hechos por el mismo estilo que fuera prolijo enumerar, con las numerosas fuerzas que los sitiadores contaban y los grandes medios de ataque que habían aportado, se abrió la brecha en el fuerte de Santa Clara, y convenientemente dispuesto todo, al dar las órdenes oportunas para el asalto general, se dió fuego á la mina practicada bajo el baluarte de la Puerta Nueva, con lo que quedó completamente desmantelado aquel sitio.

Al mismo tiempo las fuerzas sitiadoras se pusieron en movimiento. La brecha estaba montada aquel día por el teniente general Grimaldi, acompañado del mariscal de campo Demas y los brigadieres Resves y el vizconde del Puerto, con diez batallones, seis compañías de granaderos, dos mil gastadores y trescientos caballos, cuyas fuerzas se duplicaron al empezar el ataque, y el brigadier de Resves subió con refuerzos suficientes á ocupar el ángulo del baluarte de la Puerta Nueva, en tanto que el vizconde del Puerto atacó la brecha del baluarte de Santa Clara. Ambos llegaron con grandes dificultades, pues el vivísimo fuego de la fusilería catalana les impedía avanzar.

El vizconde del Puerto pudo al fin plantar una serie de gaviones, pero no pudo sostenerse en ella, teniéndola que abandonar inmediatamente y replegarse en las ruinas del baluarte.

Al día siguiente continuaron en la brecha las mismas fuerzas, que fueron reforzadas con diez batallones más, seis compañías de granaderos, dos mil gastadores y seiscientos caballos; por la noche se unieron además cinco batallones de guardias españolas y dos mil gastadores.

Serían más de las ocho, cuando, arrojando el nutrido fuego que contra aquel punto hacían los sitiados, cuatro compañías de granaderos lograron apoderarse del baluarte de Santa Clara, donde apresuradamente se parapetaron.

Desde este momento hasta por la mañana fué horroroso el fuego de los sitiadores y sitiados. Durante cuatro veces los acometedores tuvieron que abandonar el baluarte y cuatro veces más volvieron á apoderarse de él. Las peripecias se sucedían continuamente y la victoria parecía indecisa, sin inclinarse manifiestamente en favor de ninguno de los dos bandos.

Al amanecer pareció calmarse un tanto el combate, pero era esto la señal de que en breve comenzaría con mayor ardor. Efectivamente, dos horas después, una columna de tres mil hombres se presentó en el baluarte, al mismo tiempo que otra de dos mil salía por la puerta de Santa Clara.

A Tilly, que hasta entonces había mandado el asalto, le relevó poco ántes el marqués de Cayus, que, al frente de catorce batallones y veinte compañías de granaderos, apenas pudo resistir el primer choque.

La lucha se hizo general en toda la línea, lucha sangrienta y horrible en que, lanzándose los unos contra los otros, ni nadie pedía ni daba cuartel; aquella muralla, muralla humana, resistía los golpes como si fuera de granito. Durante mucho tiempo se batieron encarnizadamente unos y otros, hasta que, despechado el de Berwick de aquella tenaz resistencia, mandó tocar retirada,

que se llevó á efecto con acierto y orden, pero experimentando bajas de consideración.

Los catalanes cantaron victoria y sus gritos de alegría atronaban el espacio, en tanto reparaban las trincheras y baluartes para resistir los nuevos ataques que se habían de suceder sin interrupción. En aquel día, entre muertos y heridos, tenían fuera de combate más de mil quinientos hombres, y sobre el campo, acribillados de heridas que los habían hecho sucumbir, dejaban muchos de sus más valerosos y queridos capitanes.

Esta victoria que consiguieron los catalanes, pues victoria fué, y la noticia del fallecimiento de la reina Ana de Inglaterra, hicieronles adquirir nuevos bríos. La subida al trono del príncipe Jorge era para ellos de muy buen augurio, pues con él los torys, partidarios del absolutismo real, fueron reemplazados por los whigs, celosos defensores de los derechos populares.

Razon tenían los catalanes para tener alguna confianza en este inesperado cambio, pues tan pronto como se instaló el nuevo gobierno y pudo ser regular su marcha, por conducto de lord Bolyngbroke dirigió una comunicación á Mr. Prior, embajador en París, en la que se le ordenaba que se presentara á Mr. Torcy y le manifestara el grande empeño que Inglaterra tenía en proteger al Principado catalán, que elevase formal protesta del envío de tropas francesas al Principado, que se oponía esto al acuerdo que con Inglaterra tomara el monarca francés de proteger la constitución catalana, y que advirtiese las funestas consecuencias que podían sobrevenir si Luis XIV persistía en sostener la conducta que en aquellos momentos seguía, evitando de este modo un buen acuerdo con la nación inglesa.

Por desgracia, esta intervención llegaba demasiado tarde; el rey de Francia confiaba que muy en breve había de recibir la noticia de la rendición de Barcelona, y contestó descaradamente que ningún tratado le impedía mandar fuerzas contra Barcelona, que había procurado por todos los medios que el conflicto no tuviera mayor trascendencia, interponiendo su autoridad é influjo en aquella cuestión, que nada había conseguido y que por último los males que los catalanes sufrían eran hijos de su persistente tenacidad, y que ya, aunque sus deseos fueran otros, su honor interesado no le permitía en modo alguno retirar las fuerzas que ante Barcelona tenía al mando de sus generales.

Antes de dar esta contestación hizo perder algún tiempo con objeto de que los sitiadores avanzaran, y luego, temiendo nuevas reclamaciones que podían dar margen á cuestiones desagradables, envió nuevos refuerzos á Berwick, con objeto de que activara cuanto le fuera posible y que fueran inútiles á su llegada posteriores reclamaciones del gabinete inglés. Pero éste tenía sobre sí en aquellos momentos el no pequeño cuidado de consolidar el nuevo orden de cosas, y los medios que arbitró en pró de los valerosos catalanes fueron indirectos y de ninguna utilidad.

Los trabajos de las brechas tocaban ya á su término y de un momento á otro debía darse la señal del asalto general. Esta calamidad, más terrible que todas las que anteriormente sufrían, hizo salir de la plaza gran número de mujeres y ancianos que, gritando «Viva Felipe V,» hacían señales de sumisión; pero nada consiguieron, pues fueron cruelmente recibidos á cañonazos.

Los generales del ejército sitiador rogaron encarecidamente al Duque que por última vez intimidara la rendición, con objeto de evitar mayores desastres. Gran resistencia opuso á este deseo, pero cediendo al fin, lo hizo saber á los catalanes, mas siempre con la condición de que habían de rendirse á discreción.

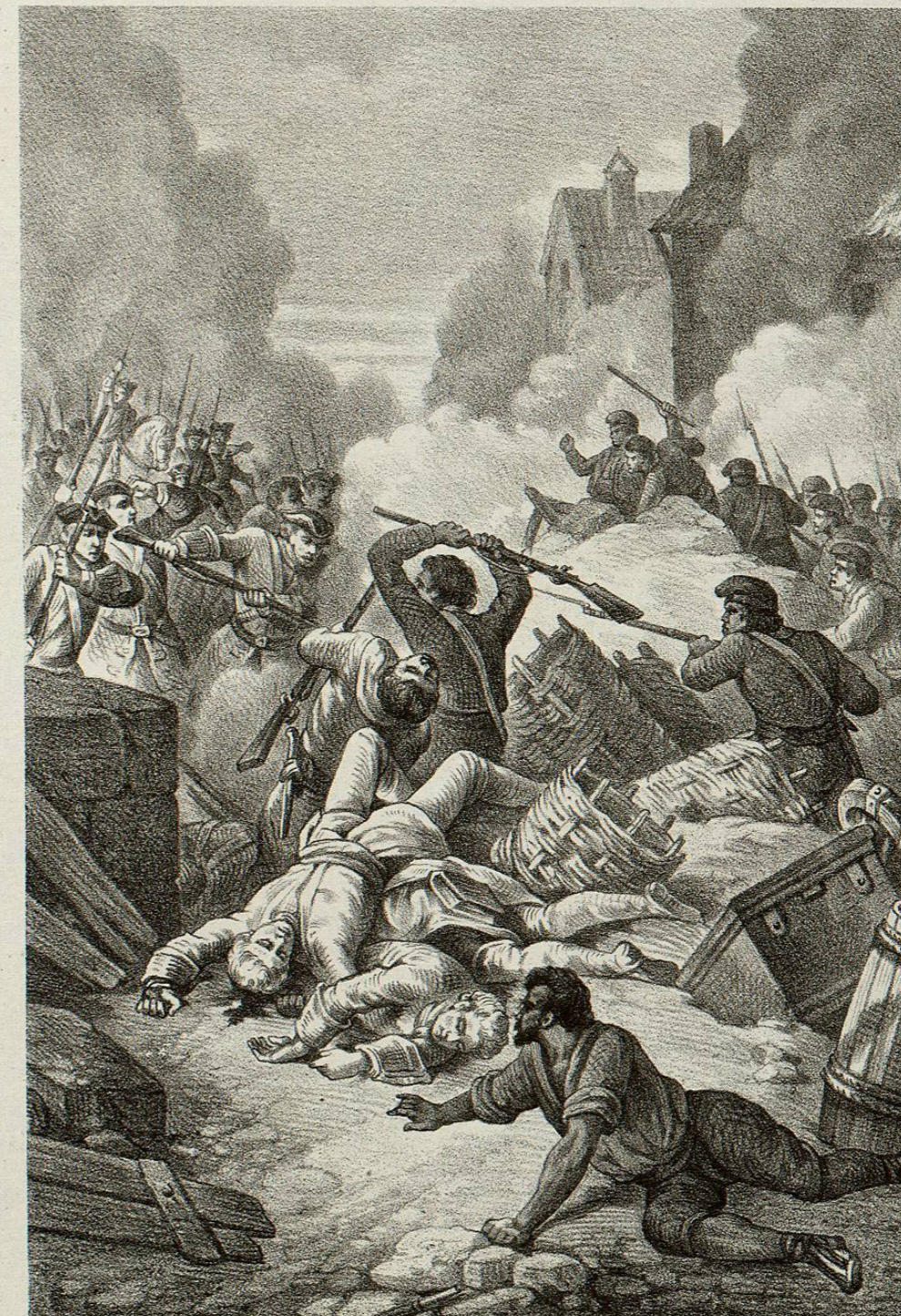
Preguntaron los catalanes si los enviados habían de ser del orden civil ó del militar, y habiéndoseles manifestado que era lo mismo, comisionaron á D. Antonio de Villarroel, general en jefe de las fuerzas sitiadas. Escuchó éste la intimación y manifestó que, no teniendo poder bastante para resolver por sí, iban á reunirse los Comunes, viéndose precisados á no suspender el fuego, que vivo y nutrido continuó como ántes.

La conferencia de los Comunes dió por resultado el que se manifestara que no querían capitulación ninguna, cosa que sorprendió grandemente á Berwick, pues, como él mismo en sus Memorias manifiesta, los catalanes no podían ser socorridos ni auxiliados por nadie.

Aquella misma noche las tropas fueron convenientemente dispuestas; cada uno ocupó su sitio, según el plan general de ataque, y al romper el día la salva de veinte cañones y diez morteros dió la señal del ataque, que fué terrible.

Los barceloneses se defendían como fieras, pero muy poco pudieron conseguir, pues las fuerzas reales cargaban en tanto número y con tal encarnizamiento, que lo arrollaban todo. Perdidos los primeros puestos, los catalanes se replegaron á los segundos, guareciéndose en la iglesia de San Agustín, la que fué tomada y saqueada, siendo pasados á cuchillo los que se habían defendido en ella y los que habían cogido en los puestos anteriores, contándose entre ellos toda la compañía de los escribanos.

Las tropas reales penetraron al fin en la ciudad, y en toda la línea de fortificaciones se veía ondear el triunfante estandarte de Felipe V.



J. SERRA, III.

Lit. VIDAL, Omo. 27.

HERÓICA RESISTENCIA DE LOS BARCELONESES.